

no se alejará seguramente de las costas de Bretaña. Desde esta mañana Ives pertenece á la tripulación; nos hallamos, pues, reunidos de nuevo por un año. Dadas las condiciones de la profesión, podemos considerar esto como una felicidad; podíamos, de un momento á otro, habernos separado para siempre.

Ives ha dado con mucho gusto cien francos al marinero que le ha cedido su plaza.

¡Vaya por *La Sèvre*, ya que la suerte nos ha llevado á ella! Esto nos traerá á la memoria el recuerdo de aquellos tiempos, ya lejanos, en que navegábamos ambos en la *Mar brumosa*, protegidos por el *campanario de calados*.

Habría yo preferido, no obstante, que nos hubiesen enviado á otro punto, á cualquier punto donde hubiese sol; sobre todo por Ives, á quien era conveniente alejar más de Brest, llevar más lejos de sus malas compañías y de las tabernas de la costa.

LXII

En alta mar, 25 de Diciembre; Pascua de Navidad.

Amanecía. Dirigíame al puente después de haber descansado un momento del servicio durísimo del *cuarto* de doce de la noche á cuatro de la madrugada; habíamos luchado toda aquella noche con gran viento y mar gruesa.

Allí estaba Ives, completamente mojado, pero muy á gusto en su elemento, y apenas me vió señaló con el dedo, y sonriéndose, un país muy extraño al cual nos aproximábamos. Peñascos grises tapiaban las lejanías del horizonte como si fuese una fortificación muy extensa. En el mar se había restablecido la calma, aunque el viento seguía enviándonos sus furiosos soplos. En la atmósfera deslizábanse rápidamente unas sobre otras nubes pesadas y sombrías: una bóveda de plomo en movimiento: objetos inmensos, oscuros, que variaban de formas y que parecían muy

deseosas de parar, de huir á otra parte, en medio de ese otro movimiento que producen las ondas plateadas; hubiéraseles creído rebaños numerosos de bestias marinas. Hasta donde la vista alcanzaba distinguíamos esas peligrosas cabezas negras: el mar estaba sembrado de ellas. Y allá, muy lejos, en el peñasco más apartado, las siluetas de tres campanarios muy viejos, que parecían plantados allí, solos, en medio de un desierto de granito. Uno se elevaba mucho más que los otros dos, y elevándose entre ellos parecía un gigante que observa y preside.

¡Ah, sí!... Le reconocí pronto y, como Ives, le saludé con una sonrisa; algo me inquietó, sin embargo, verle reaparecer tan cerca de nosotros y en medio de aquella función de tinieblas en una mañana en que yo no le esperaba ciertamente. ¿Qué veníamos á hacer en aquellos sitios? Esto no entraba en nuestros proyectos; yo no lo comprendía.

Había sido una determinación repentina del comandante, adoptada durante mi hora de sueño; llegar á la entrada de la rada de *Taureau*, muy cerca de Saint-Pol-de-Leon á buscar abrigo contra el viento del Sur, porque la mar era ya demasiado gruesa para nosotros.

He aquí de qué modo, al volver á la *Mar brumosa*, la primera visita de Ives fué para su campanario.

LXIII

Cherburgo 27 de Diciembre de 1880.

A las siete de la mañana me han traído á Ives, en el fondo de un bote, completamente borracho. Antiguos amigos suyos, gavieros de *La Venus*, para festejar su regreso de las Antillas, le han llevado durante toda la noche de taberna en taberna.

Estoy de cuarto. Nadie hay en el puente todavía; sólo algunos marineros que se dedican á la limpieza, pero son de confianza, conocidos de antiguo y con los cuales se puede contar; cuatro hombres lo suben y lo bajan en una red furtivamente y lo ocultan en mi cámara.

¡Mal estreno á bordo de esta *Sèvre*, donde yo, para corregirle, quería tenerle á mis órdenes, y

donde él me había prometido dar buen ejemplo! Entonces, por la primera vez, pensé con tristeza que Ives estaba perdido, decididamente perdido, á pesar de cuantos esfuerzos hiciese yo para librarle de sí mismo. Pensé también, con más amargura todavía, que acaso le faltaba alguna cosa en el corazón.

Durante todo el día Ives estuvo como muerto.

Había perdido su gorro, su portamonedas, su silbato de plata, y se había hecho además una terrible descalabradura.

Hasta las seis de la tarde no comenzó á dar señales de vida. Como un niño que despierta, sonrió (aún estaba ebrio; si no lo hubiera estado, no habría sonreído), y pidió de comer.

Entonces dije á Juan María, mi criado fiel, un pescador de Audierna:

—Ve á buscar sopa y tráesela.

Juan María trajo la sopa, y el bueno de Ives comienza á dar vueltas en sus manos á la cuchara, como no sabiendo por dónde se toma aquello.

—Vamos, Juan María, dije al criado: dásela tú.

—Está muy salada, dijo Ives retrocediendo y haciendo un gesto de disgusto; y con su acento de bretón y sus ojos muy entornados, repetía:

—¡Demasiado salada!... ¡Demasiado salada!

Después volvió á dormirse, y Juan María y yo soltamos la carcajada.

Yo estaba muy triste, sin embargo; pero aquella idea y aquel desagrado de niño mimado tenían, en efecto, algo de grotesco.

A las diez de la noche, Ives volvió en su conocimiento; se levantó furtivamente y desapareció.

Durante dos días permaneció á proa del buque, entre la gente de la tripulación; no salía de allí más que para hacer su servicio de cuarto y para las maniobras, siempre con la cabeza baja y sin atreverse á mirarme.

¡Oh! ¡Aquellas resoluciones que ha tomado ya veinte veces, y á las cuales ha faltado otras tantas!... Ya no se atreve á tomarlas, ó si las toma, no se atreve á decirlo y se apena, sin hacer nada, y deja deslizarse los días esperando el valor y la estimación propia, que no llegan nunca.

Poco á poco, sin embargo, habíamos vuelto á nuestra vida habitual. Llamábale yo por la noche y venía Ives á dar conmigo el paseo automático de los marinos, que dura horas enteras entre las mismas planchas. Hablábamos, sobre poco más ó menos, como en otros tiempos, sobre el viento triste y la lluvia fina. Conservaba siempre la ma-

nera de pensar y de decir sencilla y profunda á un tiempo mismo; existía entre nosotros cierta tirantez, una especie de hielo que no se fundía. Yo esperaba una palabra de arrepentimiento, y esa palabra no venía.

Adelantaba el invierno y ese invierno triste de la Mancha, que lo rodea todo—ideas, personas y cosas—en el mismo crepúsculo gris. Los grandes fríos habían llegado, y ya dábamos muy cortos, cada vez más cortos, nuestros paseos.

Algunas veces tuve deseos de decir á Ives, estrechando fuertemente su mano: «Vaya, querido hermano, te he perdonado ya; no pensemos más en eso.» Pero estas palabras se detenían en mis labios: en realidad, á él era á quien correspondía solicitar mi perdón, y pensando esto, guardaba yo cierta frialdad altanera que le alejaba de mí.

No: en esta *Sèvre* íbamos á conseguir poco.

LXIV

Perico está en Plouherzel, procurando jugar delante de la puerta de su abuela; parece desterrado, mirando allá abajo la sábana de agua inmóvil con aquella forma de animal dormido en medio, detrás de un velo de bruma. También está aquí al aire libre; pero el viento es más áspero que en Toulven, la campiña, más triste; los niños comprenden instintivamente esas cosas: en presencia de las tristezas de los objetos, tienen melancolías y silencios involuntarios, como los pajarillos.

He ahí dos amiguitos que salen de una choza próxima para ver al recién venido; pero éstos no son los de Toulven, ni saben los mismos juegos; ni aun las medias palabras que saben pertenecen al mismo bretón. Ninguno de los tres se atreve á acercarse, y se observan sonriéndose.

Periquillo y su madre María Kermadec llegaron ayer á Plouherzel. Ives ha escrito á su mujer

encargándole que haga lo más pronto que pueda este viaje; le ha ocurrido la idea de que tal vez de este modo se reconciliaría con su madre. Porque aquella anciana, dura siempre y siempre dominante, después de haber negado rotundamente su consentimiento para el matrimonio de Ives, acabó por darle de muy mala gana, y después no ha contestado á una sola de las cartas de su hijo.

¡Pobre vieja aislada!... De los trece hijos que Dios le había dado, tres murieron de muy corta edad. De los ocho varones que se lograron, todos marinos, el mar se apoderó de siete; siete que habían muerto en naufragios, ó que se habían establecido en el extranjero como Gildas y Goulven.

Sus hijas casadas, dispersas. De las dos menores, la una había entregado su mano á un islandés, que la había llevado á Trégner; la otra, encaprichada con la religión, se había empeñado en entrar en un convento.

Quedaba la más pequeña, la hija de Goulven, abandonada por su padre. ¡Ah! La abuela se había consagrado á quererla—como hija natural, sin embargo;—era el único resto de aquel naufragio que le había arrebatado, uno en pos de otro, á todos los seres queridos. La pobre niña gustaba de ver cómo subía la marea, y solía ir al

borde del lago de agua marina. Estas expediciones peligrosas le estaban terminantemente prohibidas. Pero un día había ido sola y no había vuelto. La marea siguiente devolvió su cadáver. Se la enterró cerca de la capilla, bajo una cruz de madera y un montoncillo de césped.

La anciana alimentaba aún una esperanza... Esperaba á Ives, el último, el más querido de todos, porque había permanecido más tiempo en el hogar: ¡acaso éste viniése algún día á vivir cerca de ella!

Pero no: esta María Keremenen se lo había robado; y al mismo tiempo—circunstancia que entraba para algo en su rencor—le había privado del dinero que en otro tiempo solía enviarle Ives para que se ayudase.

Hacía, pues, dos años que estaba sola, completamente sola... como lo debía estar ya hasta su muerte.

Para obedecer á Ives, María llegó ayer, después de dos días de viaje, con su hijo á llamar á aquella puerta; una anciana de fisonomía dura, á quien María conoció inmediatamente sin haberla visto nunca, salió á abrirla.

—Soy María, la mujer de Ives... Buenos días, madre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡La mujer de Ives! ¡La mujer de Ives!...
Entonces, ¿éste es Perico? ¿Mi nieto?

Y al mismo tiempo su mirada se había dulcificado, fijándose en el nieto. Habíales hecho entrar, comer bien, calentarse y les había preparado la mejor cama. Pero de todas suertes, existía allí un frío, un hielo que nada podía fundir.

En los rincones, escondiéndose la abuela, besaba con amor al nietecillo; pero delante de María, nunca; siempre esfirada y áspera.

Algunas veces hablaban de Ives, y María indicaba con timidez que desde su matrimonio se corregía un poco.

—¡Ta, ta, ta! ¡Corregirse! decía la madre tomando su aire desapacible y agrio; ¡corregirse! No. Es la cabeza de su padre... Lo mismo, igual á él en todo... Todavía no has concluído de sufrir con él... yo te lo aseguro.

Entonces la pobre María, con el corazón oprimido, no sabiendo qué responder ni qué hablar en todo el día, ni qué hacer allí, esperaba impaciente el tiempo fijado por Ives para marcharse, con el propósito firme de no volver.

LXV

Al salir de Paimpol subió María con su hijo á la diligencia, que comienza á moverse y se les lleva. Por la portezuela miraba María á su suegra, que había venido acompañándola hasta la ciudad desde Plouherzel; pero que les había dirigido un adiós glacial, una despedida breve que hacía daño.

María la miraba y no comprendía lo que pasaba; la suegra comenzó á correr, á correr detrás del carruaje. Y después su fisonomía cambió, y les hizo así como un gesto.

—¿Qué es lo que quiere? pensaba María mirándola casi con miedo. La suegra continúa gesticulando. ¡Ah! ¡Es que llora!... Las líneas de su fisonomía dura se contraen y de sus ojos brotan lágrimas copiosas... Entonces las dos se comprenden.

—¡Por amor de Dios, haga usted que detengan la diligencia! dice María á un *islandés* que

está sentado cerca de ella y que también ha comprendido, porque pasa su brazo por la ventanilla delantera y tira de la manga al mayoral.

El coche se detiene. La abuela, que ha seguido corriendo, está allí detrás, tocando el estribo; les tiende las manos; su rostro está bañado de lágrimas.

María ha bajado, y la anciana, estrechándola entre sus brazos, la besa, y besa al nietecillo.

—¡Oh, querida hija mía! la dice; que Dios te acompañe.

Y llora y solloza.

—Mira, hija mía, con Ives conviene ser muy dulce; tomarle por el corazón. Ya verás cómo puedes ser feliz con él. Tal vez yo molesté demasiado con mis llantos y con mis quejas á su pobre padre. ¡Dios te bendiga, querida hija!

Y unidas por su amor á Ives, lloraban juntas.

—Vamos, buenas mujeres, gritó el mayoral; ¿acabarán hoy los abrazos y los lloriqueos?

Es necesario separarlas á viva fuerza. María, sentada de nuevo en su rincón, mira, al alejarse, con los ojos llenos de lágrimas, á la anciana, que se ha dejado caer sobre un guardacantón y sigue sollozando, mientras Perico, agitando su manita regordeta, la saluda por la ventanilla.

LXVI

1.º de Enero de 1881.

En el fondo del arsenal de Brest, un poco antes de ser día, la primera madrugada del año 1881, un lugar muy triste, este fondo del puerto; *La Sèvre* estaba amarrada allí hace una semana.

El cielo había comenzado á blanquear entre las murallas gigantescas que nos rodeaban. Los reverberos, no muy abundantes, daban entre la bruma sus últimas llamaradas amarillentas. Divisábanse ya las siluetas de objetos enormes, que al dibujarse en el espacio despertaban ideas de rigidez desagradable; máquinas formidables grandes anclas que levantaban sus patas negras; mil especies de formas feas é indefinidas; más allá buques desmantelados con sus contornos de peces gigantescos, inmóviles sobre sus amarras como grandes monstruos marinos.

Silencio profundo en el puerto y un frío de muerte.

No hay soledad comparable con la soledad de los arsenales de la marina de guerra durante las noches, máxime las de días festivos. Al aproximarse la hora del cañonazo de retreta, todos huyen de allí como de un lugar infestado; por todas partes salen millares de hombres, bullendo como hormigas y dirigiéndose apresuradamente hacia las puertas. Los últimos corren temerosos de encontrar cerradas las verjas. La calma se restablece; después nadie, nada.

De tarde en tarde pasa una ronda, á la que los centinelas dan el *¿quién vive?* y que contesta en voz baja el santo y seña. Después un pueblo silencioso de ratas desemboca por todos los agujeros y toma posesión de los buques desiertos y de los vacíos talleres.

De guardia á bordo desde la víspera, habíame dormido muy tarde en mi fría cámara de paredes de hierro. Yo sentía inquietud por Ives; aquella noche los cantos, los gritos de los marineros que llegaban hasta mí desde muy lejos, de los barrios peores de la ciudad, me entristecían.

María y Periquillo estaban en su viaje á Plouherzel; Ives, sin embargo, había querido pasar

aquella noche en tierra para solemnizar el año nuevo con antiguos amigos suyos. Habría yo podido detenerle con sólo suplicarle que se quedase para hacerme compañía; pero, ya lo he dicho, continuaba entre nosotros tal tirantez, tanta frialdad, que le dejé partir. Esta noche del 31 de Diciembre es justamente la noche peligrosa en que no parece sino que se apodera de todo Brest un vértigo de alcohol.

Subiendo al puente saludé con melancolía la primera mañana del año nuevo y di principio al paseo maquinal, los cien pasos de cuarto, pensando en mil cosas pasadas.

Pensaba yo, sobre todo, en Ives, que era mi preocupación presente. Desde su última borrachera, en esta misma *Sèvre*, advertía yo que lentamente, de hora en hora, se desvanecía el cariño de este hermano bueno y sencillo, que había sido durante mucho tiempo mi único amigo verdadero. Yo estaba, además, enojado con él por que no sabía conducirse mejor, y me parecía que por mi parte también le quería menos.

Un pajarraco negro pasó por encima de mi cabeza y lanzó, al pasar, un graznido lastimero.

—Bueno, dijo un marinero, que se ocupaba en su aseo matinal con agua fría; ahí va uno que

nos felicita la entrada del año. ¡Maldita bestia de mal agüero! Eso es señal de que vamos á ver cosas buenas.

Ives regresó; andaba erguido, y respondió á la lista. Después vino hacia mí, según costumbre, y me dió los buenos días.

En sus ojos, un poco empañados; en su voz, algo alterada, conocí muy pronto que no había sido completamente juicioso. Entonces, adoptando un tono de mando brusco, le dije:

—Ives, es preciso que hoy no vuelvas á tierra.

Después, afectando indiferencia, comencé á hablar con otros, convencido de que había sido demasiado severo, y descontento de mí mismo.

Medio día.—El arsenal y los buques se quedaban desiertos como en los días de fiesta solemne. Por todas partes se veían marineros muy limpios, con sus trajes de domingo, limpiándose apresuradamente, arreglándose unos á otros su gran cuello azul, y ganando después, á buen paso, las puertas para lanzarse á las calles de Brest.

Cuando llegó el turno á los de *La Sèvre*, apareció Ives con los otros, muy limpio y muy lustroso, con su más hermoso traje.

—¿Dónde vas, Ives? le pregunté.

Ives me miró con una mirada de disgusto que yo no le conocía, que parecía retarme, y en la que leía yo aún el extravío del alcohol.

—Voy, me dijo, á buscar á mis amigos, marineros de mi país que me esperan y á los que he prometido ir.

Procuré entonces, llamándole aparte, hacerle entrar en razón; obligado á decirlo todo con rapidez, porque el tiempo apremiaba; obligado á hablarle en voz baja y con ademán sosegado, porque era necesario ocultar á todos esta escena, conocía yo que emprendía mal camino, que no adelantaba nada y que se me acababa la paciencia. Hablaba yo en ese tono que irrita, pero que no persuade.

—Pues bien, sí, lo juro: iré; dijo Ives temblando y con los dientes apretados; como no me encadenen hoy, nadie me impedirá salir.

Se desprendió de mí, desafiándome cara á cara por la primera vez en su vida, y fué á reunirse con sus compañeros.

—¿Encadenarte? dije; pues bien, Ives, se te encadenará.

Llamé al encargado y di la orden de que Ives fuese encadenado.

¡Oh! La mirada que Ives me lanzó al entre-

garse, al seguir á su carcelero, delante de todos sus compañeros, para bajar á la cala del buque con su hermoso traje de los domingos.

Se había despejado de pronto, porque su mirada era profunda y clara. Yo fui quien bajó la cabeza ante aquella expresión de queja, de asombro doloroso y supremo, de súbito desencanto y de menosprecio.

Después entré en mi cámara.

¿Había concluido todo entre nosotros? Así lo creí. Esta vez lo había perdido por completo. Comprendía yo que Ives, con su carácter bretón, no volvería á mí; su corazón, una vez cerrado, no se abriría más.

Acababa yo de abusar de mi autoridad contra él, y él era de aquellos que ante la fuerza se yerguen y no ceden.

Había yo suplicado al oficial de guardia que me dejase continuar el servicio durante aquel día, por no atreverme á salir de á bordo. Paseábame siempre sobre las mismas planchas.

El arsenal estaba desierto entre sus inmensos muros. El puente se hallaba solitario.

Cantos lejanos llegaban de las calles bajas de Brest. Abajo, en el sitio de la tripulación, las voces de los marineros de guardia cantaban, con in-

tervalos regulares, los números de la lotería, siempre con las mismas bromas de á bordo, muy viejas ya, pero que siempre les hacen reír:

22; los dos furrieles de paseo.

33; las patas del gallo.

Y mi pobre Ives estaba debajo de ellos, en el fondo de la cala, en la oscuridad, extendido sobre las planchas de hierro con aquel intenso frío y con el grillete al pie.

¿Qué hacer? ¿Dar la orden de que se le pudiese en libertad y me lo envasen? Yo adivinaba lo que sería aquella entrevista: él de pie, impasible, feroz, quitándose ante mí respetuosamente su gorro y desafiándome con su silencio, y separando de mí sus ojos.

Además, si rehusaba venir—y era muy capaz de hacerlo en aquel momento—entonces ¿cómo librarle del castigo en que incurría por esa desobediencia? ¿Cómo sacarle del atolladero en que yo mismo le habría metido haciendo mediar en nuestros asuntos, de él á mí, las ciegas prescripciones de la disciplina?

Caía entretanto la tarde y ya llevaba Ives cinco horas encadenado. Yo pensaba en Periquillo, en María, en aquellas honradas gentes de Toulven que habían puesto en mí su esperanza, y

además de esto pensaba en el juramento que yo había prestado ante su madre anciana en Plouherzel.

Sobre todo comprendía yo que aún amaba á mi pobre Ives como á un hermano... Entré en mi camarote y me puse á escribir rápidamente; éste debía ser el medio único entre los dos; con nuestros caracteres las explicaciones verbales no servían de nada. Yo me apresuraba y procuraba escribir en letras gruesas, para que él pudiera leerlas todavía: la noche adelantaba rápidamente, y en el arsenal la luz es cosa prohibida.

Después llamé al jefe de armas, y le dije:

—Vaya usted á buscar al preso Kermadec, tráigale usted aquí para hablar con el oficial de cuarto; aquí, en mi cámara.

Yo había escrito:

«Querido hermano: Te perdono, y te suplico que me perdones también. Bien sabes que ahora somos hermanos y que, á pesar de todo, estamos unidos hasta la muerte. ¿Quieres que cuanto hemos dicho y hecho en *La Sèvre* sea olvidado, y quieres intentar otra vez la resolución de ser juicioso? Te lo ruego en nombre de tu madre. Es-

cribe solamente *sí* aquí debajo, ¿quieres? Todo habrá concluído; no volveremos á hablar de ello.

PEDRO.»

Cuando Ives se presentó, sin mirarle ni esperar su respuesta, le dije sencillamente:

—Lee esto que acabo de escribir para ti.

Y salí, dejándole solo.

Ives salió muy pronto, como si hubiese temido mi vuelta, le ví cuando se alejaba y entré en mi cámara para ver.

Debajo de mi carta—con letras aún más gruesas que las mías, porque la oscuridad era cada vez mayor—había escrito:

«Sí; querido hermano;», y firmado: *Ives*.

LXVII

—Juan María, ve corriendo á decir á Ives que le espero en tierra.

Esto ocurría diez minutos después. Era necesario que, después de habernos escrito, nos vié-

semos para que la reconciliación fuese completa.

Cuando Ives llegó, había cambiado por completo de fisonomía, y animaba su rostro la sonrisa bondadosa y franca que yo no había visto hacía mucho tiempo. Cogí su mano, aquella pobre mano de gaviero, entre las mías; era necesario estrecharla con mucha fuerza para que sintiese la presión, porque el rudo trabajo la había endurecido demasiado.

—Vaya, ¿para qué me ha hecho usted eso? No estaba bien; vamos.

Esto fué todo lo que acertó á decir en són de queja.

—Ives, le dije; vamos á pasar juntos en Brest la noche del primero de año: ¿sabes? Comeremos mano á mano en *La Bolsa*. Nunca lo hemos hecho, y esto nos divertirá. Anda, ve á que te limpien un poco la espalda (la tenía manchada toda, de estar en la cala encerrado), y vámonos.

—¡Ah! vamos en seguida; ya me limpiaré en tierra. Van á disparar el cañonazo y no tendremos tiempo de salir.

Nos hallábamos precisamente en el fondo del puerto, muy lejos de las puertas, y emprendimos un paso muy parecido á una carrera.

Hacia la mitad del camino estábamos cuando

llegó á nuestros oídos el cañonazo; no podíamos salir.

Nos vimos obligados á tornar á bordo de *La Sèvre*, donde estaba oscuro y hacía frío.

Allí, donde existía un fementido fanal, alumbrado por el bombero de guardia y metido en una jaula doble de alambres, y donde no había ni una chispa de fuego... allí pasamos la noche del primer día del año, privados de comer, por nuestra culpa, pero satisfechos y alegres, á pesar de todo, por habernos hallado otra vez y haber hecho las paces.

Y sin embargo, alguna cosa preocupaba á Ives.

—No he pensado en decir á usted esto; pero me parece que debería usted enviarme otra vez á la prisión hasta mañana, por los otros, ¿sabe usted? que no podrán comprender...

Pero acerca de su conducta en lo porvenir no tenía él cuidado; se encontraba aquella noche muy seguro de sí mismo.

—Ahora, dijo, ya he hallado un medio seguro: nunca bajaré á tierra sino con usted, cuando usted quiera llevarme. Así... ¿comprende usted?

LXVIII

Domingo 31 de Marzo de 1881.

Toulven, en primavera; los caminos llenos de flores. El primer soplo, algo templado, sorprende deliciosamente; pasa por las copas de las hayas y las encinas, por los inmensos bosques llenos de aromas, y nos trae, á esta Bretaña oscura, efluvios de otras comarcas, reminiscencias de países más alegres. Se aproxima el verano, un verano pálido, con tardes largas, muy largas y muy dulces.

Todos hemos salido á la puerta de de la cabaña: los dos ancianos Keremenen, Ives, su mujer, después Ana, Corentina y Periquillo. Los cánticos religiosos que antes oíamos á lo lejos van aproximándose poco á poco. Es la procesión que llega sin alterar su marcha acompasada; la primera procesión de la primavera. Hela ahí, en el camino verde; va á pasar delante de nosotros.—Aúpame, padrino, aúpame, dice Periquillo, que

extiende hacia mí sus brazos para colgarse de mi cuello á fin de verlo mejor.

Pero Ives lo quiere para él, y levantándolo mucho, lo coloca encima de su cabeza; Periquillo, viéndose tan alto, se sonríe, y mete sus manos en las ramas espesas de los añosos árboles.

La bandera de la Virgen pasa; llévanla con gran recogimiento y mucha gravedad dos muchachos. Todos los hombres de Tremeulé y de Toulven los siguen, con la cabeza descubierta, viejos y jóvenes, con largos cabellos rubios, ó blancos por la edad, que caen sobre el traje bretón adornado con bordados antiguos.

Detrás vienen las mujeres, con sus corpiños negros cuajados de ojos; óyese un breve *rum rum* contenido de voces que pronuncian palabras célticas, y el que producen al agitarse las grandes cofias de muselina blanca con que adornan sus cabezas las devotas. La anciana matrona desfila detrás de todos, encorvada, andando siempre con su trotecillo menudo, siempre con su aspecto de bruja; nos dirige un saludo amistoso, y en broma amenaza á Periquillo con el bastón en que va apoyada.

Todo aquello se aleja, y también la animación y el ruido.